

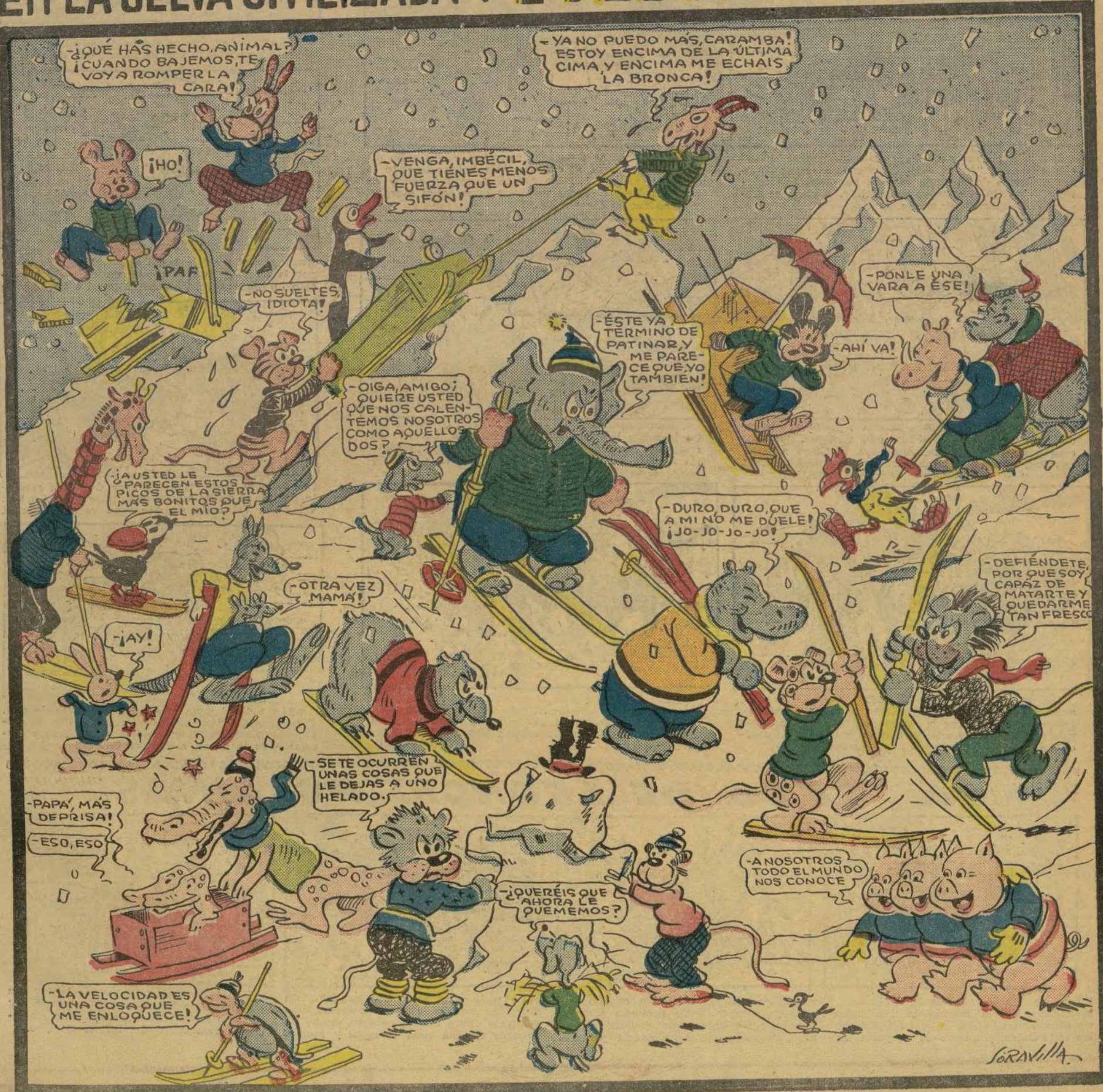


AÑO VI.—NUM. 302

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)  
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

21 de febrero de 1935

# EN LA SELVA CIVILIZADA **“PATINANDO”**





Resumen de lo publicado.—Una mañana, Antonio saca a pasear los caballos del circo. Les sale al encuentro un "auto", que vuelca en la cuneta. En él iba Mercedes, la hija del Sr. Smith, dueño del circo.

## COMPANEROS DE CIRCO



"Sabes dominar a los caballos maravillosamente —le dijo Mercedes—. Estoy segura de que papá lo ignora, porque de lo contrario te hubiera empleado en sus cuadras." Dirigiéndose luego al chófer, le preguntó: "¿Es algo de importancia, Marcelo?"



Fué a coger sus caballos y los enganchó al "auto" con una soga. "Anda, majo", comenzó a gritar Antonio cogiendo de la brida al más nervioso. Los inteligentes animales comenzaron a tirar. Y el coche empezó a moverse lentamente.



"¿Y que vamos a hacer ahora?", preguntó Mercedes, apartándose del coche con Antonio. "Se me ocurre que uno de nosotros vaya al Circo a pedir auxilio", respondió el muchacho. "¿Vayamos los dos!, Marcelo se quedará guardando el coche."



"Echemos un trote hasta llegar al campamento", sugirió Mercedes. "¡Magnífico!", exclamó Antonio. Por algunos minutos la muchacha fué delante; pero pronto su compañero le ganó ventaja. Cuando se acercaban al circo, encontró a Bepo, su tutor.



"No lo sé—respondió el chófer—; pero el hecho es que no podemos continuar y nos hallamos a bastantes kilómetros del circo. De seguro que podría arreglarlo si lográramos sacar el coche de la cuneta". "¿Ya sé cómo!", dijo Antonio.



"¡Alto!", gritó el chófer cuando el coche hubo salido de la cuneta al camino. "Ya hemos logrado lo que queríamos." Antonio desató la soga y retiró los caballos. Pero el coche no quiso ponerse en marcha, y el chófer se dió por vencido.



Comunicaron su decisión al chófer, y luego, saltando sobre los caballos, comenzaron a marchar carretera adelante, camino del circo, cuyo propietario era el señor Smith, padre de Mercedes y persona de buenísimos sentimientos.

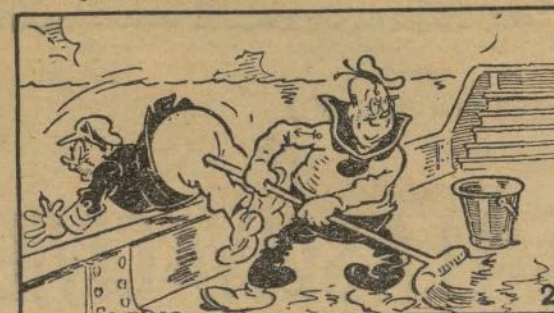


"¿Qué haces tú con esos caballos, tñante?", le preguntó aquel hombre insufrible. "Una hora llevo esperando mi desayuno. ¡Echa pie a tierra y vete al momento a tu carro", le ordenó, levantando la mano para castigarle. (Continuará)

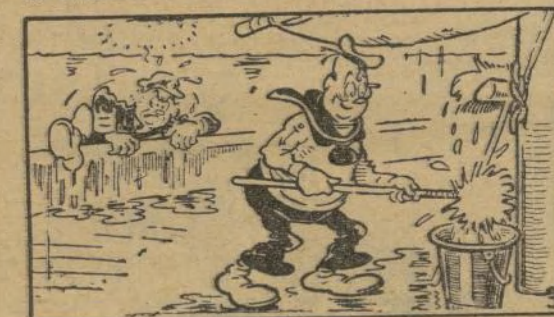
## UNA DUCHA EN ALTA MAR



Al capitán don Procopio le sentaba tan mal el agua que hasta los garbanzos se los cocían con "whisky". Una tarde se estaba lamentando a la vis-



ta de las olas de que el mar no fuera de cemento, cuando "Tolete", que estaba baldeando la cubierta, se entusiasmó tanto con su faena, que de un me-



tisaca con el escobón lanzó al pobre don Procopio por la borda y le hizo tomar un baño de impresión impresionante. El capitán trepó a bordo y se



fué derecho hacia "Tolete" para darle un recadito, cuando el celoso marinero se puso a limpiar una vela, con tal mala sombra, que vertió sobre el



capitán toda el agua almacenada encima de ella. Y con aquella ducha, el desventurado don Procopio acabó de decidirse a retirarse del mar e instalarse en la sierra a plantar cebollinos.

## LA CAZA DE LEONCIO POLAINAS



Leoncio Polainas se había invitado a sí mismo a una merendola con unos cuantos amigos de la tribu india de los Cate-Cates, poniendo de su parte un



magnífico conejo que había cazado por aquellos campos. Pero apareció don Tiburcio Malaspulgas, que reclamó el conejo, alegando que le pertenecía, y Leon-



cio echó la pieza en la olla, salpicando a don Tiburcio con el agua hirviendo. Don Tiburcio chutó con el caldero, acabó de echarse encima toda el agua y recibió



un calderazo de retorno por la ley del péndulo. Don Tiburcio quedó "grogui", y Leoncio y sus indios saborearon victoriosos la rica carne del infeliz conejito.



## DON SIMPLÓN Y DINAMITA



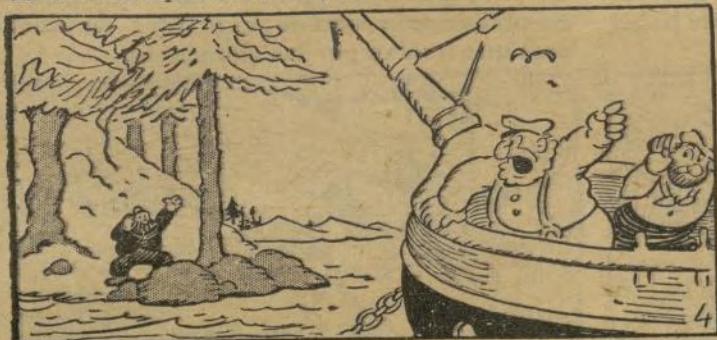
Los heroicos policías se cuidaron ante todo de poner en lugar seguro la maleta hallada con los dólares robados en el Banco, entregándola a los aviadores y repitiéndoles que estuviesen alerta.



Entre tanto, "Dinamita", que se había revelado como un portentoso perro, por lo menos aficionado a policía, comenzó a olfatear en tierra un rastro que todos supusieron sería el del bandido.



El cual, entre tanto, creyendo bien seguro su escondido tesoro, corría, dándose con los talones en el cogote, hacia el barco anclado donde le esperaba su cómplice "El Mellado".



Apenas llegó a la orilla, dió un silbido característico y al momento fué oído. "El Mellado" dió las órdenes oportunas y un bote partió para recoger al salteador fugitivo.



No había puesto aún los pies en el barco, cuando "El Mellado" le preguntaba ya, con tono de alarma y desconfianza, al verle venir con las manos vacías: "¿Dónde está el dinero?"



Momentos después, sentados ambos ante una botella de "wisky", respondía el "Chirle" a "El Mellado": "Lo he escondido en un árbol. ¡Y si registran el barco, no hallarán el cuerpo del delito!"

## BAJO EL IMPERIO DEL TERROR

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

### CAPITULO XXIX

#### La canción de la golondrina

Todo el día anterior lo habían pasado Víctor y Pablo urdiendo tramas para poder comunicarse con su padre sin despertar sospechas, en el caso de que por fin el fingido aprendiz de carpintero fuera admitido a trabajar en el almacén que servía de prisión. Y a fuerza de discurrir habían recordado una canción sentimental que solían cantar de niños y que gustaba extraordinariamente a sus padres. Se titulaba "La canción de la golondrina", y su letra se prestaba extraordinariamente a darle un significado simbólico, que podría ser comprendido por el preso, pero no por sus guardianes.



entonces a horcadas sobre el dintel de la ventana, comenzó a dar fuertes martillazos, y luego cantó esta segunda estrofa: "Avecilla prisionera—¿es tu sombra la que miro—cruzar vaga en rauda giro—de los hierros al través?—Mirame, soy el hijuelo—que dejaste en la enramada. —Tiende al aire tu mirada. —Madre mía, ¿no me ves?"

Al mediar la canción le pareció sentir un rumor tras la reja, y luego vió a través de ella moverse un bulto y un rostro humano. El corazón iba a traicionarle. Para evitarlo se puso a cantar otra vez la primera canción revolucionaria. La carcelera, atraída, sin duda, por la belleza del canto, se le había acercado; pero uno de sus chicos rompió algún cacharro y hubo de alejarse de nuevo.



res, —duélenme vuestros dolores, —duéleme vuestra orfandad".

—Ya está ese fastidioso con su cantar de siempre!—gruñó la carcelera. Víctor sentía desfallecer sus fuerzas. Para disimular se apartó de la ventana, diciendo:

—Me he mareado, ciudadana. ¡Esa maldita ventana está tan alta!

—¡Bah! La falta de costumbre. Con un traguito de vino se te pasará.

—Gracias por todo, ciudadana. Ya tienes corriente tu postigo.

—¿Cuánto es tu trabajo?

Y así fué que cuando Víctor se vió en la habitación de los carceleros, arreglando el postigo de su ventana y tan cerca del padre amado, después de haber lanzado como preludio una canción revolucionaria con todos sus pulmones, luego de una breve pausa comenzó a cantar con voz no menos fuerte, pero mucho más dulce y velada por la emoción: "Oye a la fiel golondrina—de las flores mensajera. —Avecilla prisionera, —dame nido en tu mansión. —Oye el trino que a los aires—tímido mi pecho lanza. —Es el canto de esperanza—para alegrar tu prisión".

Mirando disimuladamente a la reja de su padre, tenía el oído atento al más leve rumor. Pero nada. Parecía que no le habían oído. Poniéndose

Victor aprovechó la ocasión para cantar la tercera estrofa con voz temblorosa: "De tus tres hijuelos caros, —uno vaga en el Oriente, —otro voló al Occidente—y el tercero anida aquí. —Aquí anida el pequeñuelo—y en silencio triste llora—mientras llega, en fin, la hora—de anidarse junto a ti".

La carcelera había vuelto a acercarse, conmovida, sin duda, por la belleza de aquella canción cantada con tanto sentimiento, y comenzó a comentarla y a interpretar el significado poético que creía haber comprendido. En esto, otra voz que salía del almacén de los presos vino a interrumpirles. Víctor palideció súbitamente. "Yo no lloro por la rama—donde está mi caro nido, —ni por el bien que he perdido—de la patria y libertad. —Lloro no más por vosotros, —hijuelos de mis amo-

—Lo que sea tu voluntad. Yo por mí no te llevaría nada; pero ese pobre tío Mariano... Si te parece, dame quince sueldos. Creo que no es caro.

—¿Qué va a ser, muchacho! Es casi de balde.

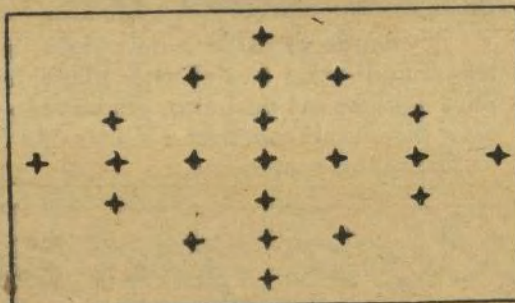
—Me alegro dejarte contenta, y no te olvides de hablar a tu marido para que me dé trabajo.

—Descuida, que lo hago muchas veces. Pero se tropieza con muchas dificultades...

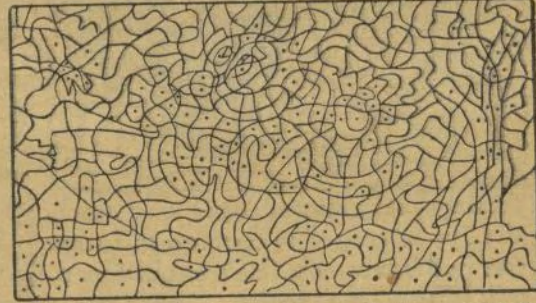
—Hasta que mandes, pues. Memorias al ciudadano Beaupin.

Victor salió, y en cuanto atravesó el umbral, dió rienda suelta a su llanto y corrió a contarle a su hermana cuanto le había sucedido.

## PASATIEMPOS

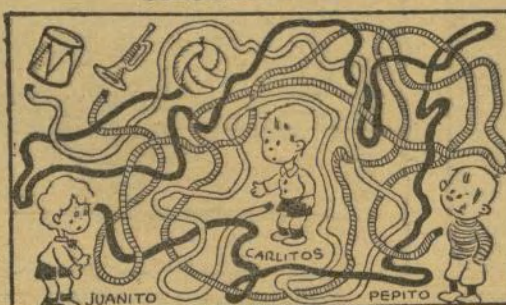


Se trata de separar entre sí, con un trazo continuo, todas esas estrellas. Es muy fácil.



Rellenad de negro con un lápiz los espacios señalados con un punto y veréis aparecer un precioso dibujo.

### SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



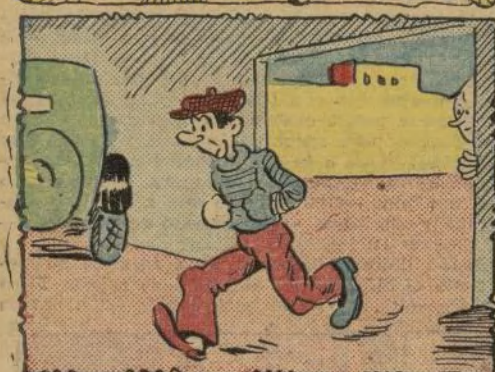
Como veréis, a Juanito le corresponde el balón, a Carlitos el tambor y a Pepito la trompeta.



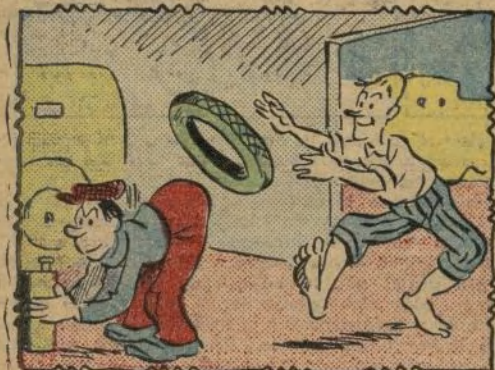
Las flechas indican dónde están los dos rateros que perseguía el guardia.



# CASCARILLA ES UNA ARDILLA



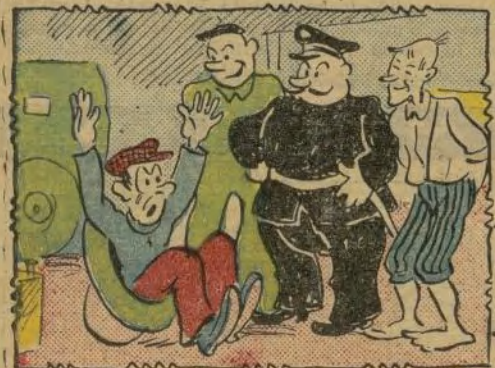
Cascarilla había hallado nuevo empleo en un garage, en el que pensaba quedarse lo menos dos meses a fuer-



za de méritos. Y, efectivamente, un día vio entrar un ladrón, que se dirigió como una flecha a "afanar" unos



bidones de bencina. Cascarilla no tenía a mano ningún arma, pero si un talento que no se lo merecía, y, sin



pensarlo un minuto, cogió un neumático, se lo colocó al caco en la forma que podéis ver, y se fué tranquilamente a buscar un guardia.

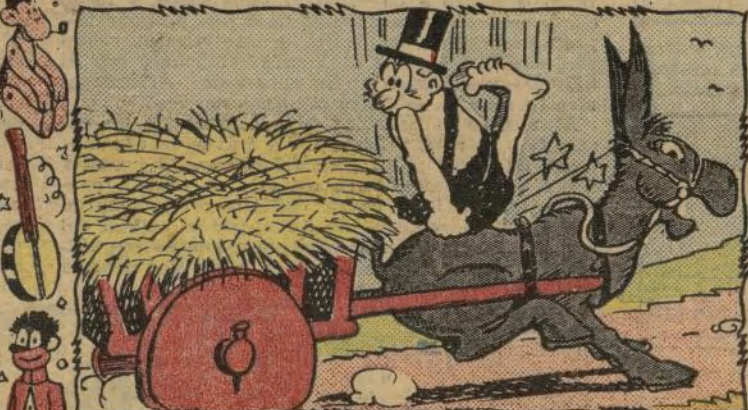


La copla que aquel día había escogido para lucir sus excepcionales facultades de gran cantante, se metía con la especie gatuna.

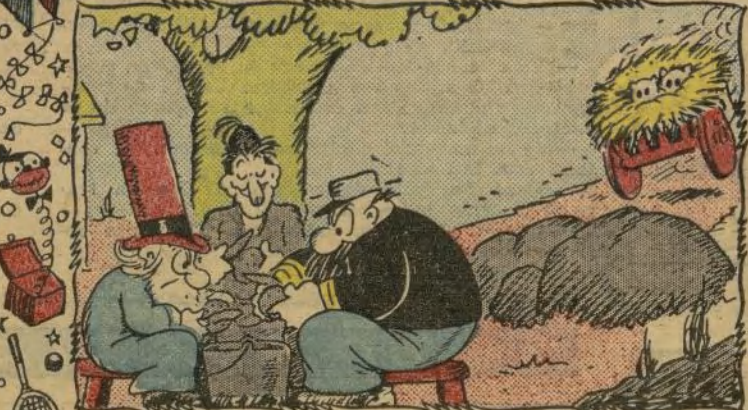
# HAZAÑAS AL ALIMÓN



Aquel día los hombres de la isla tenían concertada una partida de mus, y el capitán tenía ya preparadas unas cuantas trampas. Pero mamá Tecla se olió la tostada y les agitó la fiesta, castigándolos a pelar patatas.

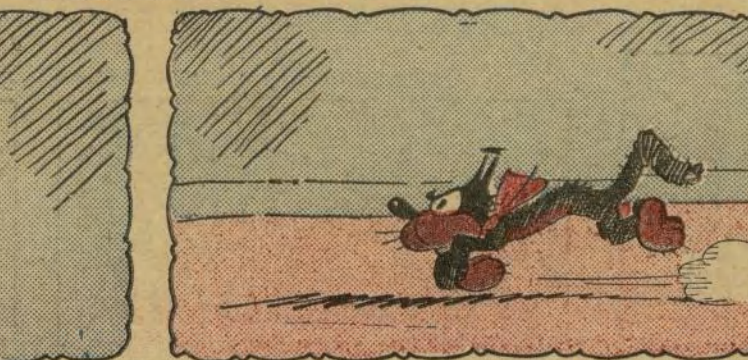


Quando cayó, por fin, de las nubes sobre los cuartos traseros de la burra, apabullando al animal y arrancándole un rebuzno de dolor, quiso conocer quién era el asesino, ladrón y miserable que le había apuñalado.

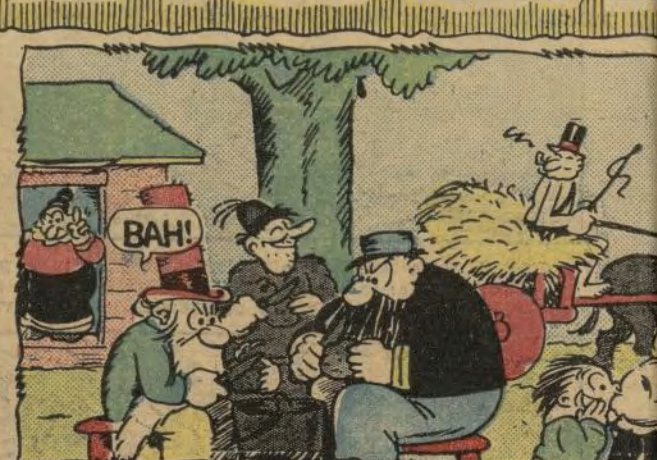


Y cuando el caldero de patatas se estaba casi terminando y los tres pinches planeaban ya la fuga para jugarse las pestañas, engañando a mamá Tecla y diciéndole que iban a visitar una fábrica cercana de patatas mondadas...

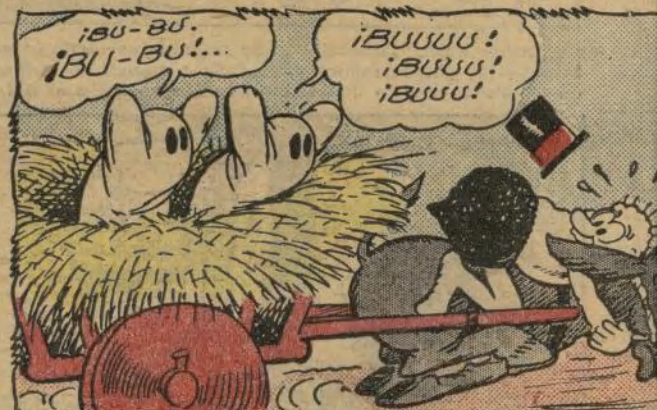
# Risa para la semana con "Laura" la charlatana



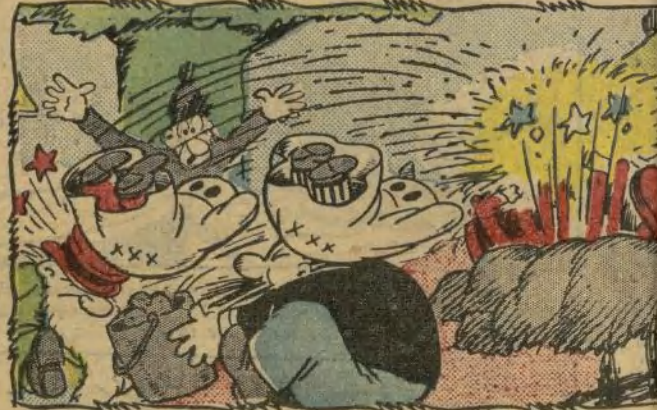
"Micifuz", un gato cascarrabias y flamenco, que la oyó, no pudo sufrir insensible la afrenta, y decidió dar la cara por el prestigio de la raza.



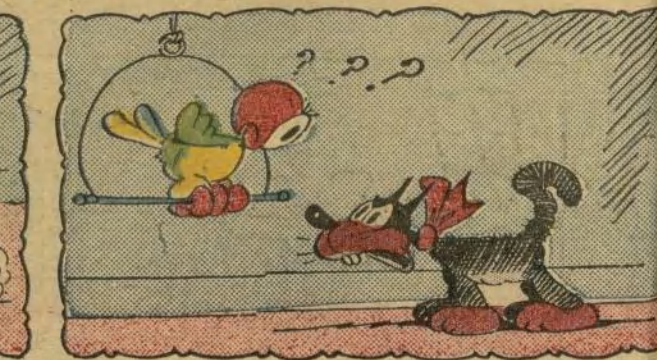
Sólo les faltaba, mientras estaban entregados tan amena ocupación, que pasara por allí aquel miserable del adivino, que llevaba una carretada de paja para renovar sus colchones. "A ver si somos buenecitos, ¿eh, compadres?" —les gritó con sorn-



Y, en el colmo del espanto, vió que de entre la paja del carro salían dos pavorosos fantasmas, haciendo espantosos visajes y lanzando gruñidos que no podían salir sino de gargantas de duendes de esos que hablan por las chimeneas.

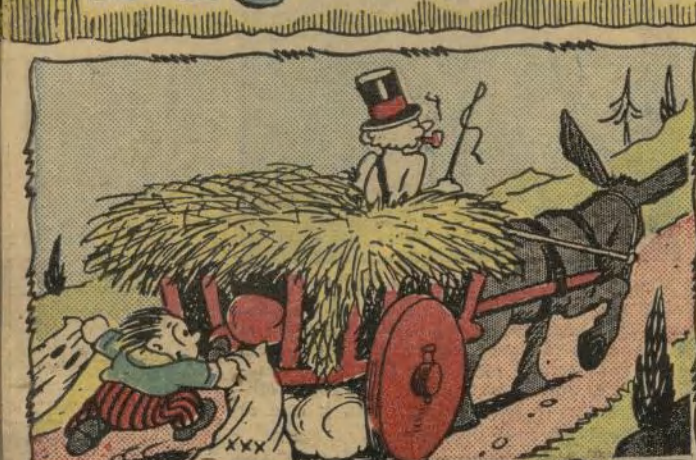


...se les vino encima, como una avalancha, el trombato de la paja el sabio adivino, que, por suerte, tropezó antes con unos peñascos providenciales porque, si no, les hace fosfatina, con puré a la rusa y riñones salteados.

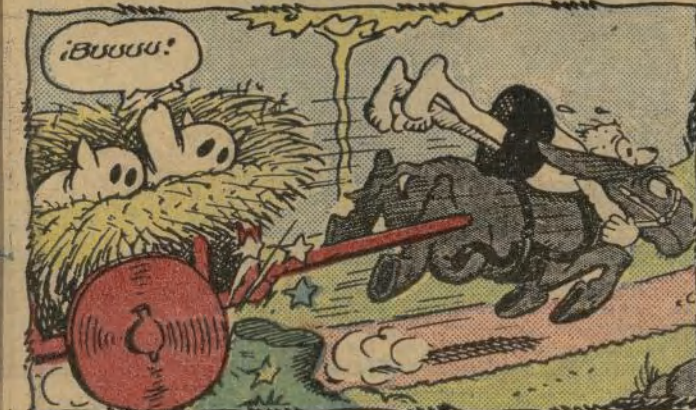


—Exijo una rectificación inmediata, igualmente pública, en otra copla de igual extensión y con la misma intensidad de voz.

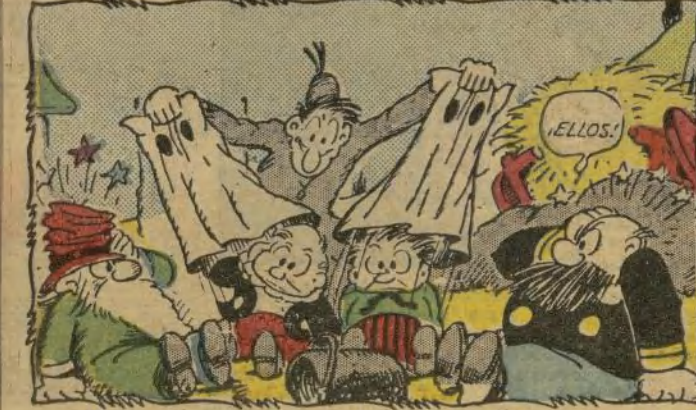
# TARUGO Y PERDIGÓN



Y siguió su camino carcajeándose, sin notar que dos inquilinos se le colaban en la carreta. El sabio adivino comenzó a decirle a la burra en voz alta que, después de mamá Tecla, a quien tenía más miedo era a los fantasmas...



Y aquello fué la catástrofe de la Martinica. Porque el adivino se agarró al cuello de la burra, como si quisiera ahogarla. La bestia se espantó, rompió los arreos y salió desbocada, y el carro, después de chocar contra un árbol...



Y cuando dos horas después todo estuvo ya en quietud, y los caídos en la catástrofe comenzaron a levantar cabeza, pudieron verse en compañía de dos apreciables duendes desconocidos. Pero a Pérez Oso nadie se la daba con "gruyere"...



—Si te es igual ver las estrellas —le respondió Laura, tirándole un viaje y haciéndole presa en las narices con la tenaza formidable de su pico.



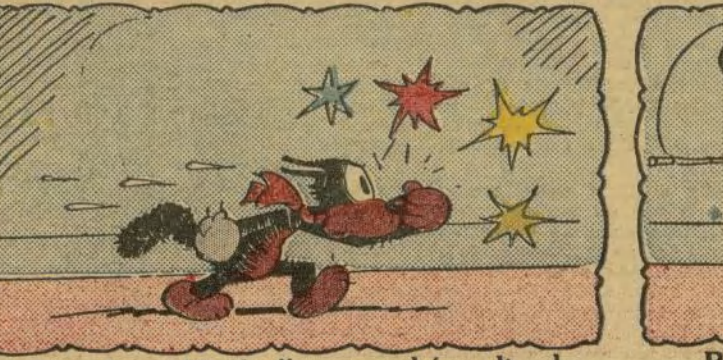
El coloquio quedó cortado con un berrido atroz, y nuestro sabio adivino salió disparado hacia la estratosfera, viendo en el camino todas las constelaciones y llevándose ambas manos a su dolorida retaguardia.



...comenzó a recular cuesta abajo, con no escaso pavor de los dos fantasmas, que sacaban por entre la paja sus cabezotas y se preguntaban a qué precipicio de por allí cerca les convendría más caer. Porque que caían era un hecho.

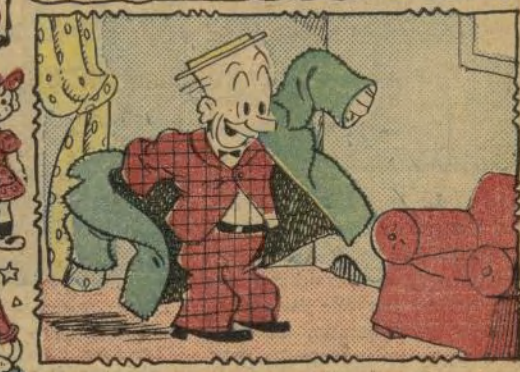


Y, tirando de las fundas, dejó al descubierto a los apócrifos fantasmas, que poco después recibían en sus correspondientes y sufridas retaguardias las cariñosas muestras de afecto a que estaban acostumbrados. (Continuará.)

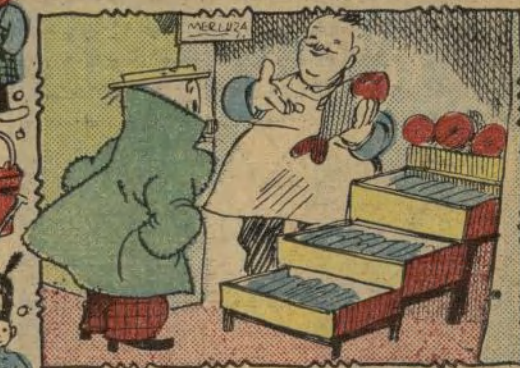


El pobre "Micifuz" se marchó maltrecho, llevándose la mano a la parte dolorida, y sin poder averiguar si las estrellas eran pares o impares.

# REPOLLO CARA DE BOLLO



A Repollo le gustaba la merluza en todos los estados: sólida, líquida y a la vinagreta, y como con aquellos



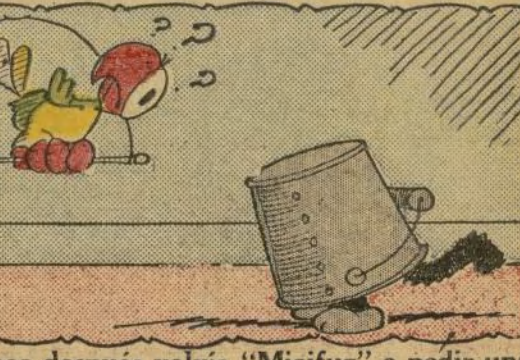
fríos tan espantosos debía de venir sin duda muy bien conservada en los vagones del tren, convertidos con las ne-



vadas en cámaras frigoríficas, salió a comprar su buena merluza para desayunarse. No hacía falta envolverla...



Con el frío de la calle llegaría más fresca; pero también llegó rodeada de una corte de admiradores, que si se descuida...



Poco después volvía "Micifuz" a pedir una satisfacción, pero convertido en un tanque de guerra, por obra del caldero de la cocina...



# EL SECRETO DEL VIEJO CASERÓN

Resumen de lo publicado.—Tomás, un huérfano, criado del Mesón del Buho Blanco, y Anita, pupila del mesonero, descubren en un saco, traído por Sir Roger, a un hombre amordazado, al que ayudan a huir, y que resulta ser hermano de Sir Roger. Lo esconden en una habitación secreta que han descubierto, y le llevan comida.



Conteniendo la respiración, Tomás se deslizaba escaleras abajo, lentamente y sin hacer el menor ruido. Pero por mucha que fuese su cautela, un par de oídos espían sus maniobras. Una puerta se abrió sigilosamente, y el rostro del mesonero apareció en el resquicio.



Enfundado en su camisón de noche, el feroz posadero vió cómo el muchacho bajaba hacia el piso inferior y penetraba en el vestíbulo. Un gruñido de ira subió a sus labios: "¿Adónde va ese grunja?", murmuró. "¿Cuál será el objeto de esta ronda nocturna?"



Y sin que Tomás lo notase, el posadero bajó detrás de él. Pero cuando el muchacho atravesaba el vestíbulo, vió reflejada en un espejo la figura de maese Lear, que bajaba las escaleras. Y sintió que se le nublaba la vista y que el mundo se le venía encima.



Por un momento se quedó inmóvil en el sitio, lleno de espanto; pero cuando percibió el suave rumor de unos pasos, pareció volver en sí. Decididamente se escondió detrás de la puerta, y, reteniendo su paquete de comida, esperó los acontecimientos, confiando ocultarse en la oscuridad.



El ruido apagado de las pisadas, y el ligero roce del camisón de maese Lear llegaban perfectamente a oídos de Tomás. Un momento después aparecía por la puerta una enorme figura blanca. Nuestro joven se quedó helado de espanto. Su amo había descubierto sus intentos.



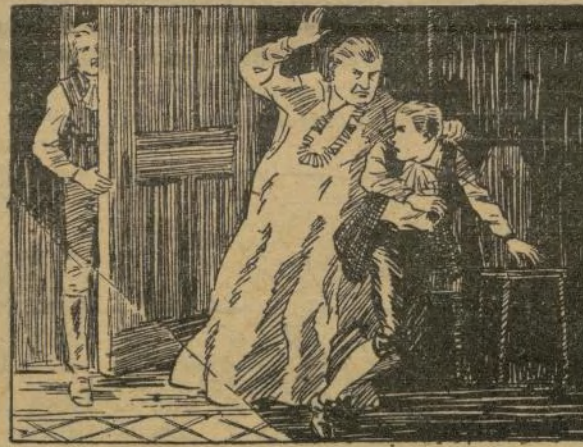
"¿Dónde estás, bribón?", preguntó una voz airada. Tomás no se atrevía a rebullir por miedo de que su amo lo descubriera. "¡Diantre!", rugió el posadero. "¡Ese rapaz se me ha escapado de las manos!" Tomás comenzó a abrigar alguna esperanza; pero no le duró mucho.



Alguna partícula de polvo debió de introducirse en la nariz, y a pesar de todos sus esfuerzos le hizo estornudar. Maese Lear se volvió hacia donde el ruido había sonado, y sus ojos descubrieron al muchacho, acurrucado detrás de la puerta, e inmóvil por el pavor que de él se había apoderado.



Antes de que Tomás hubiera podido darse cuenta, las duras manos del posadero cayeron sobre él. Unos dedos de acero se clavaron en sus hombros y lo derribaron en tierra. "¡Por fin te he cogido, bribón!", rugió el posadero. "¿Adónde ibas a estas horas? ¡Yo te enseñaré a rondar de noche!"



"No quería hacer nada malo, mi amo! ¡Digo la verdad!", gritaba Tomás. Pero maese Lear no le prestaba atención. Y en el momento en que más maltrataba al muchacho se abrió a sus espaldas la puerta de la alacena, y la figura de Sir Jorge Waverly se deslizó calladamente. (Continuará.)

## EL COCINERO Y EL EMPERADOR

CUENTO



Un emperador encontró un día a un hombre rico y poderoso que ocupaba un rango distinguido entre sus súbditos. Este hom-

bre, era sano, grueso y robusto. El emperador estaba débil y muy flaco.

La vista de su buditó llamado don Beltrán, irritó al emperador como si la robustez de aquel hombre pacífico, hubiera sido una burla de su delgadez.

"Descansas tú, le dijo, en tanto que yo trabajo; quiero que trabajes también un poco, vuelve a tu casa, y de aquí a ocho días; busca contestación a las tres preguntas que te voy a dirigir: —¿En cuánto tiempo podría dar la vuelta al mundo? Esta es mi primera pregunta y quiero saberlo minuto más o menos.

—Cuando estoy sentado en el trono, con mi corona de oro en la frente, mi cetro de oro en la mano, mi manto de armiño en los hombros, ¿cuánto vale mi persona, cuarto más o menos?

—En fin, debes adivinar lo que pienso y que, empero, no haya una palabra de verdad en mi pensamiento. Eso es todo.

Los días pasaban sin que el desdichado hallase explicación razonable a los problemas que le había planteado el emperador. No hacía más que pensar en ello y perdía el apetito. Su cocinero se

atrevió a preguntarle: "¿Por qué no tienes apetito? Soy desgraciado y me atormenta un gran cuidado, respondió don Beltrán. Debo decir mañana al emperador en cuánto tiempo puede dar la vuelta al mundo, cuánto vale estando vestido y lo que piensa cuando no lo piensa.

—Si queréis yo responderé a esas preguntas, pero debéis dejarme obrar a mi antojo. Debo ponerme vuestro traje y reemplazaros.

Don Beltrán dió su traje al cocinero, que al otro día fué a ver al soberano.

—Veamos, ¿en cuánto tiempo has calculado que puedo dar la vuelta al mundo?

—Señor, partiendo al alba y yendo de prisa como el sol, en veinticuatro horas.

—Es muy exacto, dijo el emperador. ¿En cuánto crees tú que puedan estimarme?

—Señor, nuestro Señor Jesucristo fué vendido por treinta dineros, No

es estimaros poco el apreciaros en veintinueve.

—Y si te pregunto lo que pienso sin que haya nada de verdad en mi pensamiento, ¿qué responderás?

—Señor, dijo éste, pensáis que soy don Beltrán, y no lo soy, pues tenéis delante a su cocinero.

El emperador confesó que estaba vencido, y el cocinero fué copiosamente remunerado.

FIN







También Toledo tiene su Puerta del Sol. ¿Que pensabais los madrileños? He aquí la Puerta del Sol de Toledo que nos envía Ernesto Sánchez, de Almodóvar del Pinar (Cuenca).

Don Alvaro de Luna se hizo construir en vida una tumba y un busto sepulcral, todo de bronce, en la capilla de Santiago de la Catedral de Toledo; pero no sirvieron para lo que el famoso condestable se propuso; sepulcro y estatua fueron fundidos luego, y con el bronce se labraron un púlpito y una pila bautismal, que se emplean en la misma basilica toledana.



—¿A que no sabe usted, señora Estefana de dónde se saca el azúcar?  
—De la remolacha.  
—No.  
—De la caña de azúcar.  
—No.  
—Pues entonces, ¿de dónde es?  
—Del azucarero.

## ERROR DE ÓPTICA



El pobre "Cegato" había leído que se ofrecían cien pesetas de recompensa al que matase una feroz serpiente que se había escapado, y



veía serpientes por todas partes. A la vuelta de una esquina vió una cosa larga y delgada que se movía, y se abalanzó a cogerla. Pero



era nada más que la cola de la perrita de doña Severiana, que amenazó a "Cegato" con sacarle los ojos. A la vuelta de otra esquina



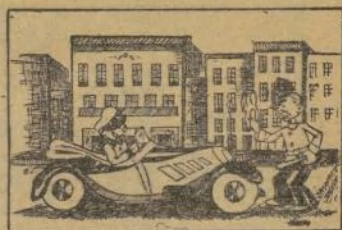
vió otra cosa larga y redonda que ondulaba por el suelo; y aquello sí que no era la cola de ningún animal. Con una pala que llevaba



por casualidad, ¡zas!, le arreó tal golpe que la partió por la mitad. Y era la manga de riego de un barrendero, que lo denunció y



le hizo pagar diez duros de multa. ¡Y en pagando se fué a un óptico a comprar unos lentes!



¡Señores, y qué preciosidad! Esto ya es un dibujo de categoría. Vaya guardia, vaya "auto" y vaya fachadas que ha pintado Casimiro González, de Jerez de los Caballeros. ¡Detente!—grita el guardia—. ¡Deteneos a ver esta maravilla!—gritamos nosotros.

El médico de un transatlántico empleaba con mucha frecuencia el agua del mar como medicina para sus pacientes. Una mañana se cayó por la borda, con gran consternación de los pasajeros. El capitán se acercó.

—¿Qué ha ocurrido?  
—Nada, mi capitán—respondió un marinero—; que el médico ha caído en la botica.



—¿Y qué te haces por Madrid?  
—Me gano la vida escribiendo.  
—¿En los periódicos?  
—No. A los amigos pidiéndoles dinero.

## Poncito, chico elegante y "El Grifo" sucio y funante



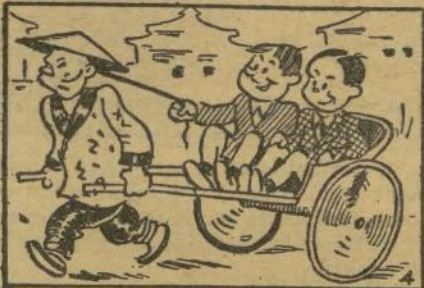
Después de tres días de navegar, Poncito y "El Grifo" desembarcaron en un puerto chino.



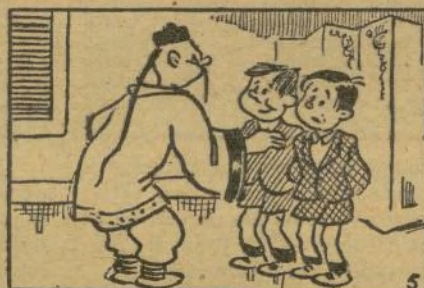
Los naturales del país organizaron una fiesta en su honor por haber atrapado al feroz Hi-Ko.



Y en seguida decidieron "poner a la sombra" al cojo del espanto, que había estado en la fiesta bien atadito.



Convertidos en héroes y vistiendo los preciosos trajes de Benítez, Poncito y "El Grifo" postineaban de lo lindo.



En esto, un chino, al parecer simpático, les invitó a que les acompañe a su casa para obsequiarlos.



El obsequio consiste en sendas pipas de opio, con el fin de dormirles y quitarles los trajes.



Pero "El Grifo" los cala y aconseja a Poncito que se haga el dormido, y así engañan a los chinos.



Que después de quitarles los trajes discuten por ellos. "El Grifo" da una oportuna patada,



Esta patada ocasionó una violenta lucha entre los engañados e infelices chinos.



Que terminaron hechos migas, en tanto que Poncito y "El Grifo" se ponían sus trajes.



Y ya vestidos, colgaron a los chinos y se dispusieron a salir a la calle. ¿Lo lograrán?

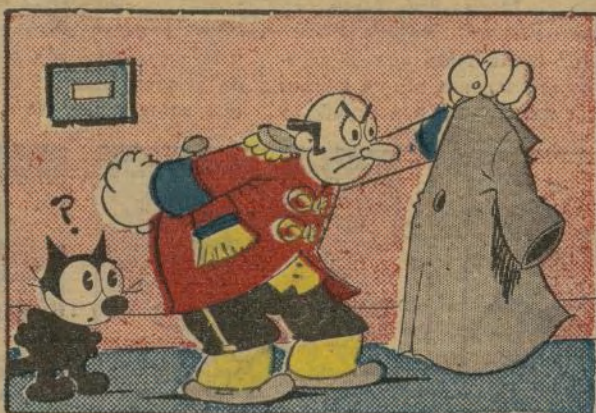




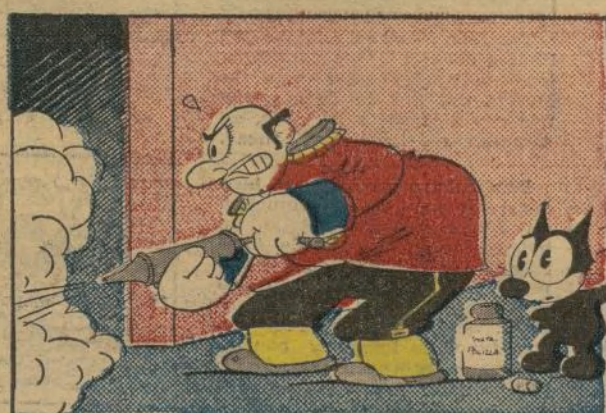
# ANDANZAS DE GATO FELIX



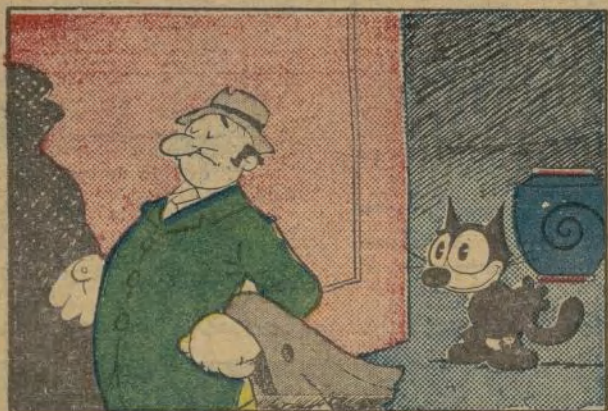
Félix estaba a sus anchas en aquella casa. Buena comida, buena cama—todos los sillones lo eran para él—y nada de trabajo. Sólo le molestaba aquel pinta de mayordomo, que le cerraba las habitaciones y no le dejaba pasearse como él quería, curioseándolo todo.



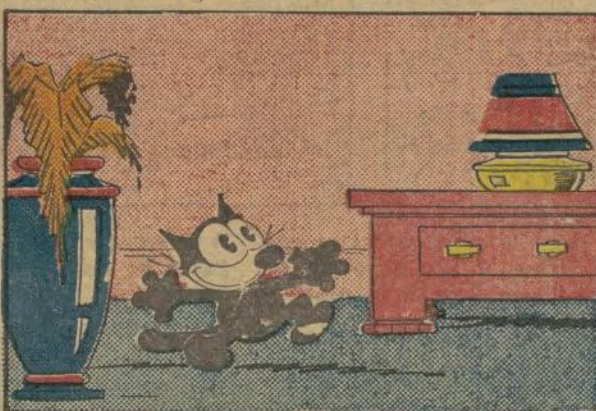
Siguiendo los pasos de aquel solícito fámulo, le vió palidecer de indignación con un abrigo de su señor en la mano. En el rico paño de la tela se abría un agujero del tamaño de una naranja. Las polillas se habían dado un banquete, y el mayordomo bufaba.



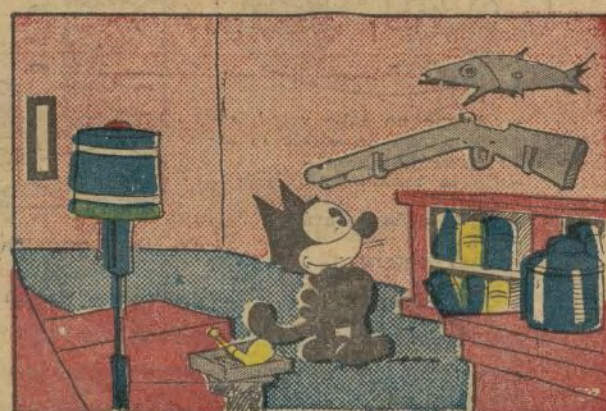
Manejó al momento la artillería contra las polillas —un cañón en forma de jeringa—y lanzó en todas direcciones una andanada de proyectiles líquidos y una nube de gases asfixiantes. La pobre polilla a quien le cogió sin careta la diñó



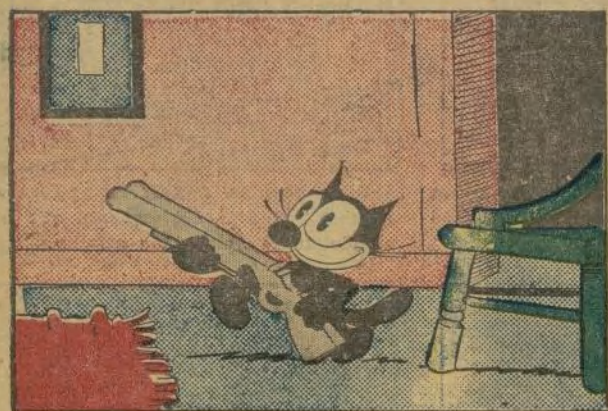
Y hecha aquella limpia radical de bichitos enemigos de las prendas de lana, el celoso mayordomo cogió el abrigo del señor y lo llevó a casa del sastre para que le echase un zurcido a conciencia, de esos que no se conocen, pero se pagan.



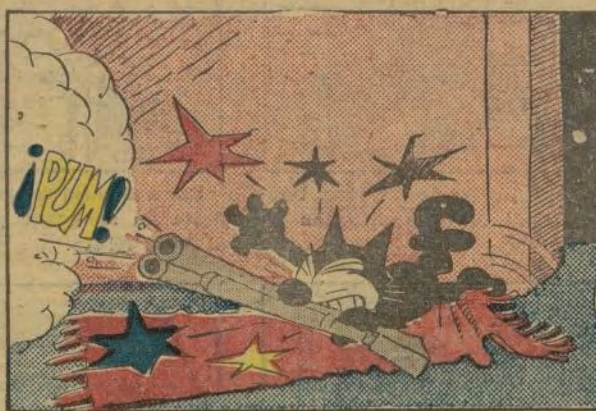
Cuando Félix se vió solo en casa, se sintió libre de aquella negra sombra que era el celoso mayordomo, y con libertad para corretear por todas las habitaciones, se propuso curiosearlas todas y enterarse a fondo de cuanto en la casa había por ver.



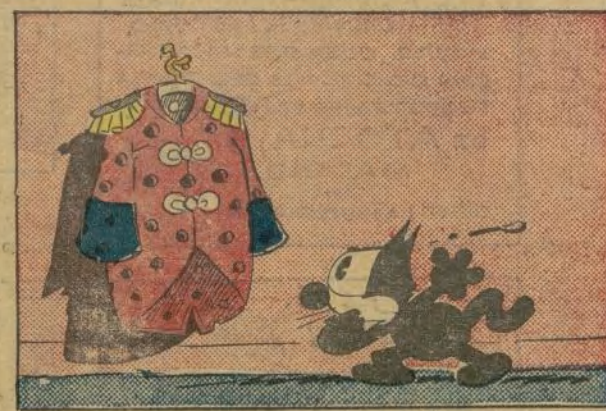
Llegó a una sala cuyas paredes estaban cubiertas de bichos disecados y otras cosas raras, entre las cuales llamó particularmente su atención una escopeta soberbia. Casualmente se pirraba él por las armas, en particular por las escopetas de categoría.



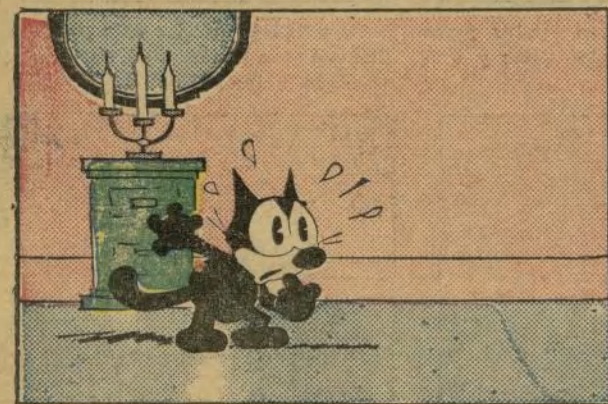
Ante tamaña tentación, él no podía menos de sucumbir. Como entendido, tenía que examinar la marca, el sistema, el año de fabricación y el calibre. ¡Qué gusto daba tener en las manos un arma así! Ya podían venir entonces ladrones y hasta fieras...



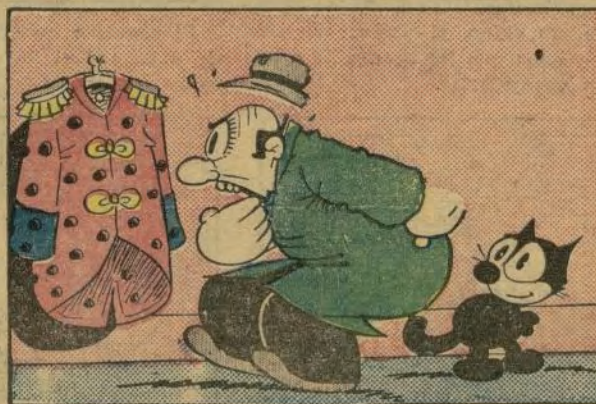
Pero no se fijó que lo que venía era una alfombra; dió un traspiés, y la escopeta, que, a prevención, estaba siempre cargada, se disparó, armando un estrépito infernal y sembrando los perdigones por todas las paredes. Félix se quedó atontado de la impresión.



Pero su atontamiento se cambió en espanto cuando vió colgada en la pared de enfrente la casaca del mayordomo acribillada por la metralla y que parecía mirarle socarronamente con los cien ojos que le habían nacido de pronto.



¡Pobre Félix! Se había acabado otra vez su ventura. Cuando el mayordomo volviera y se enterara del desaguizado, como no había nadie a quien echar la culpa más que a él, se la cargaría con todo el equipo, y ya se veía con una paliza más y con una vida menos.



Y, en efecto, llegó a poco el mayordomo, y hasta la calva se le erizó de espanto viendo su casaca convertida en casaca "gruyere". Y cuando ya le veía volverse iracundo para ajustarle las cuentas, Félix oyó que decía: "¡Malditas polillas!" ¡Se han vengado!



Félix respiró a todo pulmón al oír aquel reniego. Se había salvado. Otra vez le protegía su buena estrella y se ahorra otra vida. Las polillas se cargarán la culpa y sufrirán bien pronto las consecuencias. Era feliz nuestro Félix.

(Continuara)